

EVA P. VALENCIA

POR LA AUTORA DE LA SAGA
"LOCA SEDUCCIÓN"



BROOKLYN

zafiro♥

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

1. ¿Quién demonios era Douglas Cohen?
2. ¿Quién coño me mandaba meterme en esos berenjenales?
3. Como una yonqui buscando su última vena
4. De tal palo, tal astilla
5. A lo hecho, pecho
6. Retazos de una realidad
7. Savannah no hay más que una
8. Mal de muchos, consuelo de tontos
9. Mal de muchos, consuelo de tontos
10. Los gemelos, Ryan y yo
11. Poli bueno, poli malo
12. La boda de mi mejor padre
13. Mr. & Ms. Cohen
14. A pasos agigantados
15. Al son de la más bella melodía
16. Guerra y paz
17. En cuerpo y alma
18. Sobrevolando la libertad
19. Al César lo que es del César

20. Punto y a parte
 21. «Oh, là, là... Paris!»
 22. El sueño eterno
 23. Un nuevo despertar
 24. ¿Los cuentos de hadas existen?
 25. Como un jodido castillo de naipes
 26. Rueda que te rueda
 27. Lo que no te mata, te hace más fuerte
 28. Dulce como una tarta de Navidad
 29. Cuando se baja el telón
 30. Tras la calma, llega la tormenta
 31. Entre el sueño y el olvido
 32. Una ráfaga de luz entre tanta oscuridad
 33. ¿Quién dijo miedo?
 34. Ilusiones rotas
 35. Polvo y oscuridad
 36. Una brizna de esperanza
 37. Las cosas más bellas no son perfectas, son especiales
 38. Como un muñeco de trapo
 39. No sin ti
 40. La luz de nuestros días
- Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Éstas son mis obras publicadas
Datos de interés
Referencias de las canciones
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Brooklyn Steanfield crece en un ambiente hostil junto a Savannah, una madre autodestructiva y adicta a la cocaína, quien jamás se ha esforzado en demostrarle su cariño. Durante años, la joven tuvo que renunciar al sueño de convertirse en una gran actriz debido a la obligación moral de velar por la integridad física de su progenitora.

Ryan Cohen es un joven de clase alta quien, aparentemente, lo tiene todo: atractivo, inteligencia y una vida acomodada que lo mantienen libre de preocupaciones, salvo por las recurrentes pesadillas que lo atormentan cada noche recordándole la causa de su sordera cuando tenía cinco años.

Un día, de regreso a su casa, Brooklyn halla a su madre tendida en la cama debatiéndose entre la vida y la muerte por culpa de una sobredosis. En ese momento se ve obligada a buscar ayuda en aquella persona que se desentendió de sus deberes nada más saber de su existencia, cuando ni siquiera había nacido: Douglas Cohen, su padre.

Pronto, la plácida existencia de Ryan se ve alterada por la llegada de una joven a su vida. Y, sin embargo, no puede negar la evidencia: son dos almas solitarias y predestinadas a encontrarse como si estuvieran unidas por el hilo rojo del destino. Un hilo que, según cuenta la misteriosa leyenda japonesa, podrá estirarse, enredarse, tensarse o desgastarse, pero nunca romperse.

Porque hay historias de amor que nunca terminan.

BROOKLYN

Eva P. Valencia

zafiro 

A mi hijo, con toda mi alma

Si no recuerdas la más ligera locura en la
que el amor te hizo caer, no has amado.

WILLIAM SHAKESPEARE

1

¿Quién demonios era Douglas Cohen?

Martes, 5 de enero de 1988
Barrio de Brownsville, Nueva York

Aquella mañana mis ojos se abrieron de golpe y lo primero que captaron fue la parpadeante luz de la bombilla que colgaba de un cable del techo. Al poco vi a mi madre recorriendo la habitación como una loca de aquí para allá en busca de algo, moviéndose nerviosa de un lado a otro como una gallina a la que se le acabara de cortar la cabeza y tambaleándose como una bailarina borracha subida a unos desgastados tacones de aguja. Husmeó bajo mi cama, hurgó en mis cajones, fisgoneó sin pudor entre mis escasas pertenencias...

«¡Comienza el espectáculo!», pensé para mis adentros.

Raras veces despertaba a su hija de doce años de una forma más natural, sin sobresaltos ni zarandeos, ni lamentos ahogados en alcohol, ni puñetazos a las paredes forradas de arpillera del apartamento, ni lanzamientos de objetos al aire y a cualquier dirección por culpa de un buen colocón.

—¿Lo has visto, Brook? —exhaló en una queja, mezcla de pánico y cabreo, como si en los próximos segundos se fuera a acabar el mundo tal y como lo conocíamos.

Ella era así, catastrofista por naturaleza y derrotista al extremo. Para Savannah Steinfield, toda su existencia se resumía en simple y pura mala suerte, siempre culpando a los demás de sus adicciones y de su modo de sobrevivir.

Tiritando, me senté en la cama al tiempo que restregaba mis ojos con los puños sin dejar de bostezar y sin destamparme, porque, en aquel maldito cubículo de tres por cinco, el frío te calaba hasta las mismísimas entrañas.

—Si he visto, ¿el qué? —me apresuré a inquirir.

—Ya sabes el qué, Brook, ya sabes el qué...

Se arrodilló ante mí y sacudió la almohada como si le estuviese quitando el polvo o como si yo ocultara un tesoro bajo la misma.

—No, mamá. Te juro que no sé qué es lo que buscas —continué.

—Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios, ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies. Mateo 5:34.

Realizó lentos aspavientos con las manos, santificándose, y yo me quedé en silencio, como cada vez que recitaba, de forma inexplicable y con total lucidez, cualquier versículo de la Biblia. Eso sí, siempre que eso ocurría, iba puesta hasta las cejas de droga o de algún narcótico, medicamento o sedante, o incluso de todos a la vez.

Se pasó los dedos por la maraña entrecana de su cabeza, tratando de peinar su pelo, y entonces fue cuando me miró con aquellos ojos acuosos del color de un caramelo Werther's, para añadir:

—El viejo papel —dijo al fin con torpeza—. ¡Ese puto papel!

—No tengo ningún papel. —Negué con la cabeza.

Sin saber muy bien por qué, decidí responder casi sin pensar, deseando que acabara cuanto antes con esa mortificante situación.

Para ponerlos en antecedentes os diré que ella jamás entraba en mi cuchitril salvo para requisarme algo. ¡Ya ni siquiera me acordaba de la última vez que se había prestado a ayudarme a limpiarlo!, pues, desde que tenía uso de razón, me había encargado del aseo y desinfección de mi cuarto, y también del resto de la vivienda.

—Dame el puto papel... ¡Es mío! —La voz se le quebró al final de la frase.

Y de pronto y sin venir a cuento, se echó a llorar. Así, sin más. Se tapó los ojos con las manos y empezó a derramar lágrimas sin censura y a sorber mocos por la nariz con aspreza.

—Lo necesito, ¡hostias! —soltó de improviso, y dio un puntapié a una pata de la cama—. Jodida niña... Mañana vienen los de Servicios Sociales y, si no tengo lo que me piden, te llevarán con ellos y me quitarán la puñetera custodia.

Un súbito escalofrío recorrió el largo de mi espalda, pues a esa corta edad ya era consciente de la gravedad de las cosas y sabía que, si me llevaban con ellos, estaría mejor atendida, pero por contra sería el fin de Savannah Steinfeld. Se le acabaría el chollo, como vulgarmente se dice —léase el fructífero negocio que tenía montado conmigo—, ya que era yo quien buscaba la pasta, era yo quien compraba la comida, era yo quien cocinaba, era yo quien la aseaba y hasta quien la vestía.

¡Era yo quien atendía sus necesidades!

¡Demonios!

Era yo quien velaba por ella y no viceversa... Ni siquiera recordaba cuándo había ocurrido eso, cuándo habíamos intercambiado nuestros roles de madre e hija.

A menudo me preguntaba si ella era realmente consciente de la carga emocional a la que me tenía sometida; lo dudaba en el alma.

De todas maneras, dicen que, quien siembra, recoge. Sin embargo, en mi caso, cuanto más daba, más me arrebatava, entre otras cosas, mi niñez.

Pese a todo y a las circunstancias, no podía evitar sentir un cariño especial por ella, o quizá sólo se trataba de una obsesiva dependencia. Pero de lo que estaba segura era de que, lo que sentía por ella, no era el amor de una hija por la persona que le ha dado la vida; de eso estaba convencida.

A continuación, me acerqué a ella, quien pareció ponerse en guardia tras vaticinar lo que iba a hacer: abrazarla.

—Voy a ayudarte a buscar ese papel, mamá —dije en tono sereno.

Rodeé su escuálido cuerpo de momia con los brazos y cerré los ojos cuando noté sus costillas clavándose en mis prematuros pechos de preadolescente. Sin embargo, ella se mantuvo impassible, metiendo las manos en los bolsillos para evitar tocarme a toda costa.

En honor a la verdad, ése era mi día a día, pues sus gestos cariñosos hacia mi persona brillaban por su ausencia. Ella nunca me decía que me quería ni me lo demostraba sin palabras.

Detestaba tener una madre así, pero era imposible ir en contra de la corriente e intentar hacer que cambiara o, por lo menos, que mejorara. Hacía tiempo que ya había dejado de intentarlo...